



FONDO BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

Bx1965
D 8
V. 17
ej 2

Es propiedad.

Varios Prelados de España han concedido 2480 días de indulgencia á todas las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

CENSURA.

Por encargo del M. I. Sr. D. Juan de Palau y Soler, presbítero, Doctor en ambos derechos, Abogado de los tribunales del reino, Canónigo de esta santa Iglesia, y Vicario general Gobernador de la Diócesis de Barcelona por el excelentísimo é Ilmo. Sr. D. D. Pantaleon Monserrat y Navarro, Obispo de la misma, he leído y comparado con el original la obra traducida del idioma francés en que la escribió el Ilmo. Dupanloup, obispo de Orleans, cuyo título es: *El Catecismo cristiano ó exposicion de la doctrina de Jesucristo, presentada á los hombres de mundo*, y las *Tres cartas á un jóven* que, tambien en francés, escribió el R. P. Lacordaire, de la Orden de padres Predicadores.

Dos sublimes eminencias del clero francés, dos firmes columnas de la verdad religiosa, dos glorias inmarcesibles de la Iglesia católica en nuestros dias, son los autores de este precioso libro. Al solo eco de los nombres de LACORDAIRE y DUPANLOUP late y rebosa de alegría el corazón de todo fiel cristiano, y al recorrer con santa avidez las páginas del *Catecismo* y de las *Cartas* que respectivamente compusieron, queda el alma del lector inundada de un inefable gozo por ver en la pluma del elocuentísimo Obispo de Orleans tanta sencillez hermanada con la sublimidad de la doctrina que expone, y tanta elevacion de conceptos unida con la humildad del ilustre Restaurador de la Orden dominicana en Francia, en sus *Tres cartas á un jóven*. El primero tuvo por objeto sacar de su culpable indiferencia religiosa á los hombres que todo lo subordinan y sacrifican á los negocios del mundo en que se hallan engolfados; el segundo se propuso preservar de la irreligion é impiedad á las cuales se entregan tantos jóvenes víctimas del hervor de sus pasiones y de la corrupcion del siglo. Una y otra de estas obras son, mediante la divina gracia, el medio mas á propósito para la consecucion del fin que

tomaron por blanco ambos autores. ¡Quiera el cielo que esta su fiel y esmerada traduccion logre en España tan felices resultados para bien de la Religion y de la sociedad!...

Barcelona 21 de setiembre de 1865.

FR. JAIME ROIG, *Pbro., Lector en Filosofia,
de la Orden de Carmelitas calzados, ex-
claustrado.*

APROBACION.

Barcelona veinte y cinco de setiembre de mil ochocientos sesenta y cinco. Vista la anterior censura, damos nuestra aprobacion para que se imprima el libro de que hace mérito.

JUAN DE PALAU Y SOLER, *Vicario Ge-
neral Gobernador.*

Cuatro palabras de los traductores al que leyere.

Hemos traducido el Catecismo redactado por el reverendísimo Dr. D. Félix Dupanloup, obispo de Orleans: la publicacion de este librito obtuvo en Francia una acogida correspondiente á la alta fama, que por varios titulos tiene conquistada, aquella contemporánea lumbrera de la Iglesia. Italia, la Alemania é Inglaterra han reproducido en sus respectivos idiomas las páginas en que sencilla y concisamente se halla expuesta toda la doctrina católica, y explicados muchos puntos litúrgicos que con el dogma se relacionan. Como el Ilmo. Dupanloup manifiesta en su prólogo, nada ha puesto de su propia cosecha en aquel trabajo, que confiesa ha sido objeto preferente de su estudio. Discípulo sumiso de la Iglesia, ha hecho converger en reducido foco las luminosas explicaciones con que en el decurso de las edades han ilustrado al mundo los que han tenido la fortuna de recibir con mayor profusion el don de la sabiduría, á fin de que los hombres de negocios pudieran abarcar con una mirada las verdades características de la Iglesia cristiana. Ni siquiera el modesto Obispo reclama para sí la gloria de la originalidad de semejante redaccion. Los concilios y consejos eclesiásticos la habian realizado ya en muchas partes. Pero aquellos grandes trabajos, aquellos admirables compendios de la mas extensa y universal verdad, solo se hallan por lo comun en manos de los niños. Aprovechando la gloriosa celebridad que la Providencia ha concedido á sus escritos, y la sólida reputacion de eminente sábio que disfruta entre los hombres ilustrados, el Ilmo. Dupanloup presenta á sus admiradores un libro que él admira, y en el que confiesa haber chupado toda la leche de doctrina con que apologia y defiende á la Iglesia de Jesucristo. Á buen seguro no será este el menor de los servicios que á la causa de la verdad tiene prestados el actual Obispo de Orleans. No puede ser estéril para el bien el espíritu apostólico de que da evidente testimonio el ilustre acadé-

mico francés, presentándose al mundo científico con el humilde carácter de sencillo catequista.

Por otra parte no hay doctrina comparable, ya se considere la nobleza de su origen, ya la importancia de sus aplicaciones, á la del Catecismo de que se trata, igual á la de los demás Catecismos admitidos por la Iglesia católica. Es el Catecismo la completa sustancia de lo que cree, espera y ama la Iglesia católica, es decir, la sociedad y la autoridad que hasta en el terreno natural ha dado testimonio de poseer mayor criterio para distinguir y definir, mayores garantías para satisfacer las esperanzas que infunde y las aspiraciones que engendra, y mayor ascendiente sobre los diversos elementos que se propone unir por el amor.

En el fondo toda doctrina se basa en una *fe*, crea una *esperanza*, y engendra un *amor*, ó en otros términos, toda doctrina no es otra cosa que la expresion sistemática y lógica de un *amor*, de una *esperanza* y de una *fe*.

El exámen de las creencias, esperanzas y relaciones formuladas por una doctrina, nos da un conocimiento exacto de su verdad. Porque toda doctrina tiene algo de verdad, por lo mismo que admite ciertas relaciones, fomenta ciertas esperanzas, y abraza ciertas creencias. *Creer* en algo es afirmar la verdad de algo; *esperar* algo es admitir algun porvenir, y por lo tanto algun destino: propagar la fe en una verdad y la esperanza en un destino, es establecer á lo menos una *union*; un amor entre las esperanzas y las creencias ajenas, y las esperanzas y creencias propias. El materialismo, el idealismo, el panteísmo, doctrinas son que creen, esperan y aman, que reúnen por lo tanto una dosis de verdad, ó si se quiere, una verdad rudimental. La doctrina materialista *cree* en la verdad de la materia; la doctrina idealista *cree* en la verdad de la idea; la doctrina panteísta *cree* en la existencia de la sustancia. Se nos preguntará: Y la doctrina escéptica ¿qué cree? De dos maneras podemos contestar: primero, que el escepticismo no es una doctrina, porque solo niega, y toda doctrina debe afirmar algo; segundo, que en el supuesto que se pretendiera reconocer como doctrina el

escepticismo, podríamos decir que *cree* en las apariencias de los seres cuya existencia niega. Niega la existencia del universo; luego afirma que el universo existe en apariencia.

Y lo que decimos de las creencias fácil es aplicarlo á las esperanzas. El materialista *espera* los goces sensuales; el idealista *espera* el desarrollo y perfeccion de sus mentales concepciones; el panteísta *espera* experimentar la universalidad de su poder; el escéptico *espera* la impunidad de sus inmoralidades. La esperanza es siempre correspondiente á las creencias en naturaleza, en nobleza y en extension.

Y análoga á la esperanza y á la creencia es la mancomunidad, el lazo de union por una doctrina producido. El lazo de los materialistas es el amor á los bienes de la tierra y á los goces de los sentidos; el lazo de los idealistas es el amor exclusivo á la idea, y por lo tanto el amor ideal, teórico, platónico, como se llama; los panteístas aman lo que esperan y creen, la unidad indivisible de los elementos diversos, la unidad de la sustancia; se aman unos á otros, no como á seres unidos por el sentimiento, sino como á partes de un ser único, de una sustancia universal; se aman, no por ser hermanos, sino por ser ellos mismos. El escéptico, en cuanto *cree* en la apariencia de las cosas, y *espera* en la impunidad de los actos, *ama* su propia existencia, y consagra á su amor los goces ó apariencia de goces que se le ofrecen. Por lo que se ve que la fe, la esperanza y el amor, producidos por una misma doctrina, son siempre paralelos en extension y en importancia.

Pero, en las doctrinas de que acabamos de ocuparnos, la fe, la esperanza y el amor no se hallan en su plenitud: el materialismo afirma la materia y rechaza el espíritu; el idealismo afirma la inteligencia y ó duda ó niega la materia; el panteísmo afirma la unidad y niega la diversidad, por lo que todas estas doctrinas son defectuosas en extension, pues solo afirman una parte de elementos y de nociones; son tambien defectuosas en su origen y carácter, pues solo proceden de un testimonio que es inferior al hombre, como respectivamente es el testimonio de la materia, el testimonio del pensamiento, ó el testimonio de am-

bas cosas mancomunadas. Si respecto á las afirmaciones de la existencia, ó sea á la cuestion de fe, estas doctrinas son defectuosas, ¿quién no ve que los límites por ellas señalados al destino y al porvenir del hombre distan mucho de corresponder á la naturaleza del corazon humano? Ni el reino de la materia puede satisfacer al hombre inteligente, ni el reino de la idea puede satisfacer al hombre material; es necesario otro reino, en el que la materia y la idea encuentren el último grado de su perfeccion. La admirable posesion de Dios, principio criador de los cuerpos, é inspirador de las verdades, es el reino á que está llamado todo el hombre, reino cuya esperanza equivale á la talla de esta figura corpórea y racional, que vive en la tierra con la cabeza dirigida al cielo, que anda y discurre, que trabaja y piensa. Tampoco mide la debida extension el amor de las doctrinas que nos ocupan. El hombre, que debe afirmar el universo y esperar la posesion de su principio, está llamado á admitir en la comunion de sus sentimientos á todos los seres que lo constituyen; dispensando á unos la admiracion, á otros la simpatía, á otros la benevolencia. Llamado está el hombre á adherirse á todas las cosas que existen por el sentimiento de la admiracion, pues habiendo todas las cosas sido criadas por Dios, todas llevan impreso un destello de esta hermosura, de esta belleza incomprendible é inexplicable que se llama la creacion; pero entre estas cosas se cuentan algunas á las que además de admiracion debe amor; los hombres, los Ángeles, Dios mismo acreditan el amor del hombre; Dios, los Ángeles y muchos hombres, esto es, los hombres de bien, acreditan de nosotros un amor de simpatía; porqué en ellos vive de su respectiva manera la justicia, la verdad; y los otros hombres, esto es, aquellos que olvidándose de su destino han faltado á lo que debian á la justicia y á la verdad, acreditan de nosotros amor de benevolencia, por el que tienen ellos el lugar que les corresponde como seres racionales, capaces de contribuir á la armonía social y, en universal, nuestro corazon. Así todas las cosas deben tener cabida en nuestro corazon, y nuestro corazon no está ni puede estar lleno sino cuando en él se hallan cobijadas todas las cosas,

admirándolas unas, simpatizando con otras, y otras queriéndolas. Simpatizar, querer, admirar, hé aquí tres funciones que constituyen el amor, el que, cuando obtiene toda la extension de que es capaz, lo que sucede siempre que las queremos, simpatizamos con ellas, y las admiramos no solo en sí mismas, sino en el principio de su verdad, de su posesion y de su mision, esto es, en Dios, ya no se llama simple amor, se llama un nombre especial, al que ningun otro nombre iguala en significacion; se llama *caridad*. «La caridad, dice el enciclopedista Pedro Leroux, es el amor, mas el amor transformado en un sentimiento religioso. «Entre el amor vulgar, es decir, el engendrado por la naturaleza, y el amor transformado, media infinita distancia, la que marcamos con el lenguaje. Nosotros designamos con la misma palabra todos los amores directamente inspirados por la naturaleza y de limitado objeto; decimos *el amor conyugal, el amor paternal, el amor filial, el amor fraternal, etc.*, sea cual sea la diferencia que hay entre estos amores, en todos los casos son únicamente amor, y amor únicamente se llaman; mas cuando queremos expresar el amor universalizado, el amor ascendido de objetos limitados, y descendido otra vez á ellos con un carácter mas noble; el amor siendo sentimiento religioso, ya no le llamamos amor, le llamamos *caridad*.»

La caridad es el amor del universo por el amor de su principio: este amor no lo posee sino la Iglesia católica, porque solo ella posee la fe en el principio de la vida y del orden de todas las existencias del universo, y la esperanza en la gloriosa é imperecedera posesion de todas las cosas en el principio creador y vivificante de la constitucion, hermosura y belleza de todas ellas. Así, la fe católica y la esperanza católica exceden los límites de toda otra fe y esperanza: la caridad solo en el Catolicismo se encuentra; de lo que se deduce que la doctrina mas completa, aquella que lleva al hombre cuanto su inteligencia puede aspirar, es la católica.

Toda otra doctrina afirma y niega, no es universal; la doctrina católica es la que todo lo afirma: *Dios verdadero me es testigo*, decia san Pablo, *que en*

la palabra ó doctrina que os he anunciado, nada ha habido del SÍ y del NO, porque Jesucristo, Hijo de Dios, que os hemos predicado nosotros, esto es, yo y Silvano y Timoteo, no es tal que se hallen en Él el SÍ y el NO, sino que en Él todo es un SÍ invariable (1).

Y san Pablo habló lógicamente: el Verbo es el sí de todas las cosas, porque á todas las ha creado: creer en el Verbo es creer en toda existencia: el Verbo es sí invariable porque es sí universal; y esta plenitud de afirmacion de la doctrina católica es causa de su invariabilidad: la doctrina católica abarca todas las ideas concebibles, admite todos los seres existentes, y no niega ni amengua ninguna relacion entre las cosas que existen. Posee, pues, toda la extension, toda la profundidad y toda la sublimidad de que es capaz una doctrina. Siendo doctrina plena es invariable; pues las variaciones de las doctrinas son causadas por los vacíos que en ellas dejan sus afirmaciones. La doctrina católica afirma la Divinidad y todos los atributos á su naturaleza propios; afirma toda la coleccion de seres, que en escala descendente, á la Divinidad se asemejan, empezando por el Serafin, recorriendo los nueve coros angélicos, pasando luego al hombre, anillo precioso por el que se une en dulce y simpático abrazo la region espiritual pura con la material; afirma todos los grados de la vida animal y vegetal, y de las existencias materiales, desde el metal pesadísimo al flúido imponderable, todo lo afirma; y en esta afirmacion universal apoya la afirmacion de un Dios, Padre de todo lo que es capaz de paternidad, Criador de todo lo que es capaz de existencia: *Creo en Dios, Padre todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra*. No es posible concebir una afirmacion mas extensa ni mas sólida; es la expresion de la fe mas completa que pueda concebirse.

Los demás artículos fundamentales de nuestra fe emanan de este. Afirmar la existencia de Dios *Padre, Criador todopoderoso*, en medio de los desórdenes de las criaturas dotadas de libertad, y arruinadas por su libertad, es sentar el principio de la existencia de *Dios Hijo, Reparador* de todo; es confesar la existencia del Verbo, derramando la misericordia allí

(1) II Cor. 1, 18, 19.

donde habia derramado la vida. Y creer en Dios Padre, Criador, y en Dios Hijo, Salvador, es creer implícitamente este otro artículo explícito: *Creo en el Espíritu Santo*; pues el Padre é Hijo deben estar eternamente unidos con union igual en naturaleza á la de sus respectivas personas; deben estar unidos con una vida igual á la de sí mismos, vida que es como la vida de ellos, una persona diversa en una naturaleza idéntica, la vida del Espíritu Santo, persona divina que santifica lo creado por el Padre y lo redimido por el Hijo.

Y en esta triple afirmacion de la Divinidad, la doctrina católica afirma las cosas eternas y las temporales: la creacion, la reparacion, la santificacion, y en consecuencia la gracia, la responsabilidad, el juicio, la recompensa ó el castigo.

Esta extension que la fe religiosa obtiene por la doctrina católica, no reduce el círculo de la investigacion científica. Creyendo en la omnipotencia de Dios, el cristiano nada quita al poder del hombre; creyendo en la verdad divina reconoce la existencia de un orden sobrenatural que empieza allí donde el orden natural acaba, y por consiguiente, en el mismo punto donde acaba el alcance de la razon exclusiva. La fe empieza donde nunca llegaria la razon. La teología, pues, abre al hombre una region que siempre hubiera permanecido cerrada á la filosofía. Proclamando la divinidad del amor del Padre y del Hijo, la doctrina cristiana no perturba las diversas relaciones establecidas entre los individuos, entre las familias y entre los pueblos. Toda relacion honrada y legítima puede obtener una participacion de la Divinidad, y por medio de ella elevar su base desde el terreno del simple amor al de la caridad perfecta. De lo que se infiere que la doctrina católica, con su fe tan extensa, no contraria en lo mas mínimo la economía social, la investigacion filosófica ni los derechos naturales del hombre; lleva grandes ventajas á cada uno de estos ramos.

El exámen detenido y simultáneo de cada uno de los artículos de nuestra fe y de los principios de las humanas ciencias, da por resultado el convencimiento

de la armonía entre las creencias religiosas y las investigaciones científicas.

«Señores, decía Mr. Cochín á una asamblea respetable, abordad todas las ciencias, leed cuanto publican los sábios mas ajenos ó mas adversarios de nuestra fe; no apliqueis solo vuestros labios al borde de la copa, apuradla; no os acerqueis tímidamente, arrojaos con denuedo; no os limiteis á los principios y pretensiones de cada ciencia; llegad hasta su fondo, hasta sus últimas conclusiones, á la filosofía, al mas elevado resumen de cada una de ellas, ¿qué encontráis allí? Hedlo:

«Todas las ciencias que establezcan leyes y armonía en el seno del mundo creado, la astronomía, las matemáticas, la física, la mecánica, prueban un Dios *sábio*. Todas las ciencias que demuestran la subordinación y la aplicación de las cosas á las diversas necesidades del hombre, la química, la botánica, la medicina, prueban que este Dios *sábio* es *bueno*. Si de las ciencias que se relacionan con el cuerpo me elevo á las del alma, la lógica y su raciocinio se me presentan basados en el supuesto de que existe una verdad absoluta, ó un Dios *sábio*; la moral y sus prescripciones se levantan sobre la suposición de un Dios *bueno*; la historia no se comprende, es un fútil juego de movedizas sombras sin un Dios *justo*. La estética, ciencia de las artes, distribuida entre la contemplación del conjunto de las cosas, la admiración de los detalles, y consecución del ideal, exclama: En Dios residen la exquisita bondad y la eterna *belleza*. Y todas las ciencias de todos los órdenes, la lógica y la química, la medicina y la moral, la astronomía y la historia, repiten á porfía que este Dios *sábio*, *bueno*, *justo*, *bello*, es soberanamente *libre y todopoderoso*. Luego, encontrando los mismos caracteres en los mas pequeños actos del alma ó del cuerpo del hombre mas oscuro, y en los detalles de la organización del mas pequeño insecto, y del menor vegetal, las ciencias añaden aun: este ser *bueno*, *sábio*, *justo*, *bello*, *libre y todopoderoso*, está *presente en todas partes*. De suerte que todas las *sábias bibliotecas* se hallan resumidas exactamente en un pequeño artí-

culo del Catecismo; y estas ciencias, despues de muchos trabajos, pretensiones, investigaciones y penas, vienen á ser otros tantos eslabones, labrados á martillo, colocados uno sobre otro para conducirnos al altar del Dios que adoramos!

«Sabeis, señores, que las analogías entre la fe y la ciencia han obtenido de los descubrimientos contemporáneos confirmaciones admirables en sus detalles... obteniendo cada dia una nueva confirmación los inmortales descubrimientos de Galileo, de Kepler, de Newton, de Linneo, de Cuvier, de Lavoisier, no cesan de descubrirse nuevas armonías, hasta en aquellas obras del Criador, que á primera vista menos disciplinadas parecen.

«Por otra parte se ejecuta entre nuestros Libros santos y los libros de los sábios un trabajo de confrontación y de cotejo verdaderamente admirable.

«...Se creía que bastaba abrir la tierra para sepultar en ella la Biblia; pero ¿qué se ha encontrado en las entrañas de la tierra? La primera edición, el primer manuscrito salido de la mano de su Autor, del primer capítulo de la Biblia.

«La investigación de la verdad es, en todos terrenos, una especie de cita que Dios secretamente da á los hombres, y á la que jamás falta cuando á ella se acude de buena fe, y se le aguarda un momento (1).»

Debemos, pues, concluir este punto diciendo con Descartes: «Una verdad no puede jamás oponerse á otra verdad. Por lo que sería una especie de impiedad suponer que las verdades descubiertas en filosofía fuesen contrarias á las de la fe (2),» y añadiendo con Voltaire: «Viendo como vemos los admirables progresos de la razón, no verificados hasta la predicación del Evangelio, justo es considerar la fe como aliada que debe auxiliarnos, y no como enemiga á la que debe combatirse. Reconoced que la fe es mas eficaz para persuadir que la razón... á manera de niños ensayamos dar algunos pasos sin sustentáculo; andamos algo, luego caemos, y quien nos levanta es la fe.» Y como la mas alta,

(1) Mr. Ag. Cochín, *Assemblée générale des catholiques en Belgique*, 1863.

(2) *Accord de la philosophie avec la foi*.

racional y completa expresion de la fe está en la doctrina cristiana, lógico es afirmar que en ella la razon tiene un auxiliar indefectible, y la ciencia un fundamento moral seguro é inmóvil. Las creencias formuladas por esta doctrina abarcan toda idea sobrenatural posible, sin destruir ninguna idea natural existente. Completa el hombre intelectual.

Medida por la fe la doctrina cristiana es la mas perfecta doctrina que ha aparecido.

Veamos si las esperanzas que engendra corresponden á las creencias que formula.

La doctrina cristiana es la base de dos especies de esperanza: una relativa al tiempo, otra relativa á la eternidad. Jesucristo no solo vino á trazar al hombre el camino que debia recorrer para llegar á su definitivo destino; quiso regularizar los elementos sociales y establecer un órden en el que la vida no hubiera de chocar con los obstáculos creados por la corrupcion del pecado y el desarrollo de sus vicios. En esto tambien la doctrina cristiana se diferencia de toda otra doctrina. Fuera del Cristianismo unos sistemas descuidan los intereses de la eternidad para fomentar los del tiempo; otros descuidan los intereses del tiempo guiados por una idea falsamente concebida de la eternidad. Jesucristo, *Rey de los siglos inmortal é invisible*, Verbo al que *antes de los tiempos* dijo el eterno Padre: *Tú eres mi Hijo, hoy yo te he engendrado*, sembró el gérmen de una doble esperanza, esperanza secular, esperanza eterna. La secular se basa en la oracion que puso en labios de sus discípulos. La plegaria es siempre, y no puede dejar de ser una fórmula de esperanza; el que ruega espera. Pues lo que espera el cristiano se manifiesta por la oracion que el divino Maestro le enseñó: *La constitucion del reino de Dios en la tierra; el imperio de la voluntad de Dios en el mundo como en la eternidad.*

Venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

El cristiano no pide el triunfo de ningun interés terrestre, ni el predominio de ninguna política, ni el desarrollo de ningun sistema basado aquí abajo; el paganismo ensayó todo lo que naturalmente puede

concebirse, y sus ensayos varios y repetidos no dieron resultado alguno favorable á la paz y sosiego de la humanidad. Las repúblicas y los imperios empezaron con sangre y sangrientamente acabaron. No hubo gobierno que no fuese gravoso al pueblo, no fue promulgada ley alguna que no dejara en el órden social un vacío propio del defectuoso carácter de la naturaleza emancipada de los legisladores, ó que no revelara mas bien el sello de una mira mezquina, que la levantada idea de la bienandanza general. El gobierno del hombre no habia probado al hombre: cuando el pueblo de Israel quiso cambiar la fórmula de gobierno que Dios les habia dado, y pidió un rey á Samuel, el Señor dijo á este: *No te han desechado á tí, sino á mí, para que no reine sobre ellos* (1). Jesucristo vino á cambiar el deseo del pueblo, vino á revocar en el corazon del pueblo el anhelo de gobernarse á semejanza de los gentiles; hizo que sus discípulos invocaran el reino de Dios que los judíos rechazaron; pidiendo un rey á Samuel, los judíos manifestaban no querer que *Dios reinara sobre ellos*; pues el reino que desdeñaron los judíos lo invocan los cristianos diciendo, no á este ó aquel poder, no á esta ó aquella fórmula, no á esta ó aquella familia, sino á Dios y solo á Dios: *Venga á nos el tu reino.*

Conocido el reino de Dios, pide el pueblo el reino de la verdad, porque verdad es Dios; el reino de la union, porque union es Dios; el reino de la ley atractiva, porque la ley de Dios es *inmaculada que atrae las almas*; pide el reino de la justicia y de la paz, pide el reino de la misericordia y de la estabilidad, y lo pide y espera fundado en la paternidad de Dios expresada en esta palabra: *Padre nuestro que estás en los cielos*; pide y espera en el reino de Dios *la libertad* de su espíritu, pues ruega le libre el Señor de toda tentacion y de todo mal. Porque la tentacion nace siempre de la tiranía, ya sea ejercida por las exigencias de las pasiones procedentes de la exagerada idea que de sí mismo se forma el hombre, como son la vanidad, la ambicion, la envidia, y el orgullo; ya sea ejercida por él la fuerza imperiosa de las pasiones procedentes de la parte de naturaleza

(1) I Reg. vii, 7.

menos noble que la razon, como son las de la concupiscencia de la carne y de los ojos; ya sea ejercida por las pasiones procedentes del genio perturbador del bien, del espíritu enemigo de la luz, del órden y de la verdad, como la obcecacion ante los testimonios de la gloria de Dios y la verdad de su enseñanza. Toda tiranía procede, pues, ó del reino del diablo, ó del reino de la carne, ó del reino del mundo sobre el hombre; el hombre libre es el que sabe emanciparse de toda ley que no proceda de aquel que dijo: *Mi yugo es suave, mi carga ligera*. El reino de la voluntad de Dios, origen y fundamento de la fraternidad y de la libertad humana, es el que espera en el mundo la sociedad cristiana, y el que mil veces cada día invoca, hasta con los labios de sus pequeñuelos, diciendo: *Padre nuestro que estás en los cielos... venga á nos el tu reino... no nos dejes caer en la tentacion, mas libranos de mal*.

Esta es la esperanza del cristiano relativa á la moral; en lo material Jesucristo mandó á sus discípulos pidieran mucho en una fórmula muy concreta: *El pan nuestro de cada día, dánosle hoy*.

El pan nuestro: ¿Por qué nos ha de dar Dios el pan que es nuestro? es nuestro, porque es el pan que sustenta nuestra vida; es de Dios, porque la vida sustentada por el pan de Dios la recibimos. El pan es el alimento, el pan es el vestido, el pan es cuanto nuestra decencia y el decoro de hijos de Dios reclama; el pan es los elementos de nuestra industria, de nuestro arte, de nuestra profesion; es el pan de cada día, porque cada día el Señor lo renueva, pues cada día hace que el sol oriente, que el aire se renueve, que el universo siga desarrollando el vastísimo plan de sus funciones. El pan de cada día es el progreso, porque, como cada día añade á la gloria de Dios un nuevo concierto y un nuevo espectáculo, el espíritu humano debe dejar cada día una nueva huella en el camino que recorre por la gracia de Dios.

El pan nuestro de cada día, dánosle hoy: con esta petición el hombre confiesa la gracia y la providencia, y en la union de ambas coloca el principio, el punto de partida de la economía y del progreso.

No, no puede concebirse una esperanza mas exten-

sa, mas sólida, mas perfecta, ni aun respecto al órden terrestre de las cosas, que la formulada en la *Oracion dominical*. Es la esperanza en la constitucion de un órden divino en la region humana.

¿Y qué diremos de las esperanzas que el Cristianismo abriga respecto al porvenir? La doctrina cristiana enseña que el hombre ha de esperar la posesion de Dios. Y ¿de qué Dios? del Dios único y verdadero, del Dios que reúne en sí y por sí todas las perfecciones concebibles y hasta las que no pueden concebirse: la posesion de un Dios, en el que, como el ciervo en las frescas aguas del torrente, se saciará el alma ávida de ventura; en un Dios que llena el alma que crió, único recipiente en el que caben las inmensas aspiraciones del hombre, como el océano cabe en su inmensurable cauce. Fuera de Dios el hombre es invasor por naturaleza, por poder; en Dios, y solo en Dios el hombre se sosiega, se tranquiliza, y si se revuelve es pacíficamente en la inmensidad de sus goces. Fuera del Cristianismo la esperanza del hombre versa sobre algo que es menos que el hombre, y todo lo mas igual al hombre; la esperanza del Cristianismo es Dios; pero no un Dios incompleto como los dioses paganos, no un Dios indigno como el dios del mahometismo, no un Dios inconsecuente como el dios del protestantismo, sino el Dios uno y trino, perfecto y omnipotente, sábio y justo, espíritu de amor, de sabiduría, de poder; Dios, principio de todo y complemento de todo, Dios bastándose á sí mismo y llenándolo todo con su esencia, potencia y presencia; Dios inmensidad, Dios infinidad, Dios gloria, Dios felicidad.

Pero ¿y cómo obtener la posesion de Dios inmenso y altísimo la limitada y baja criatura? ¿cómo se elevará hasta la cumbre de esta inmensurable pirámide de seres, que se llama universo, el hombre, que por sí solo ni siquiera puede subir un palmo sobre la superficie de la tierra? ¿cómo? con un auxilio extraordinario, con una gracia estupenda. Con el auxilio y la gracia del mismo Dios, que despues de haber criado al hombre, y despues de haberse el hombre desviado de la justicia, quiso encaminalle de nuevo y se le manifestó descendiendo del cielo, encarnándose y